

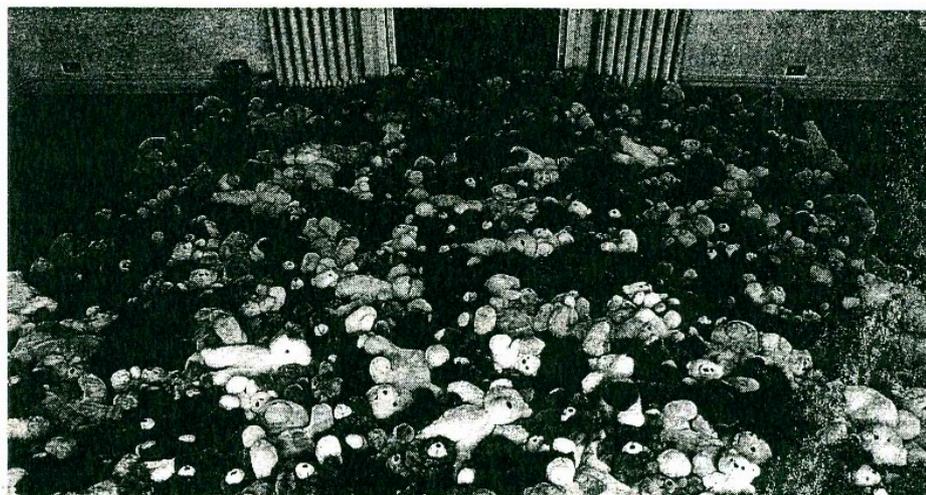
INSTALACIÓN/  
FOTOGRAFÍA

## Jana Leo y el peluchismo

JANA LEO. «OSITOS»  
Galería Javier López, Madrid  
C/ Manuel González Longoria, 7  
Hasta el 28 de octubre  
De 250.000 a 1.200.000 pesetas

T ENGO que hacer una pequeña confesión, en vez de una crítica convencional. No siento ninguna vergüenza. Yo también me he acostado con un oso de peluche, aunque ahí no queda la cosa; durante algunas noches mi hermano Ernesto me dejaba a la ovejita Lucera y, lo que es simbólicamente más extraño, he compartido cama y sueños con un guardia civil de Tráfico, aunque debo añadir que era de plástico. Cuando, por la razón que fuera, desaparecían de mi vista y no podía tener su compañía en la noche, el temor de las pesadillas me asaltaba. Estaban sucios a más no poder, lógico resultado de las múltiples tareas que desarrollaban, desde comer yogur a probar alguna cucharada de lentejas. Carolo, que así se llamaba mi oso amarillo, llegó a ser campeón de salto de altura en las olimpiadas de los peluches, después de haber jugado a todos los deportes conocidos, del fútbol a las marciales actitudes del recluta en la pista americana.

Ahora tengo la casa llena de toda clase de animales de trapo, desde un dinosaurio verde a un mono piloto de aviación, un perro que tiene ventosas para ponerse en los cristales del coche, un delfín o dos ranas idénticas (la de Manuel se llama Tobi y la de



S. Canarero

Vista general de la instalación de Jana Leo

Elena responde al nombre de Wendi). Por supuesto no faltan montones de osos de todos los colores. Acaso el osito es la forma platónica del peluchismo, esas tiernas criaturas que producen una singular sensación de perversidad. Es cierto que los juguetes, como Rilke o Benjamin señalarán, tienen una tendencia natural a caer por tierra y que en ellos se acumulan los más turbios deseos de la infancia, pero no deja de ser inquietante (inhóspita, siniestra en terminología freudiana) esa invitación a

pisar insistentemente por encima de ellos.

En una pared una fotografía de unos ositos disfrutando en la nieve, enfrente una secuencia de la mano que ahoga a uno de ellos, sin que tampoco parezca el colmo de la crueldad. Lo cotidiano se revela por medio de una proyección sentimental: en el magnífico libro que ha realizado, Jana documenta las «vivencias» de los osos de peluche, sin duda familia de los míos: toman «cola cao», encuentran amistades, parece que incluso sienten, a ve-

ces, una amarga tristeza. De pronto les mueve el aguijón del sexo y se entregan a las acrobacias de los adultos, incluso acercándose astutamente al cuerpo de una mujer. Autobiografía cifrada o mejor vivencias con cuerpo de peluche. Seguro que mi heroína favorita, Punky Bruster, sacaría conclusiones morales y simpáticas mucho más sagaces. Pero a mí me basta con recordar, sin nostalgia, pero con ternura, los mullidos días de la infancia.

Fernando Castro Flores